

POR EL CAMINO DE LOS DIOS AFROVENEZOLANOS

Quien ha estado en el día crucial de una festividad de nuestros dioses afrovenezolanos, encuentra sobre el horizonte que le permite la multitud de creyentes, en cualquier calle del pueblo, el diálogo corporal del dios llevado por el cargador con sus devotos, sus giros; infinitas figuras que disuelven esa imagen quieta y aparentemente sin respiración, para sentir una divinidad que baila, que se mueve, se baña, responde y tutea: "Aje, Aje, Aje".

Antropólogo Diógenes Díaz
Universidad de Carabobo

Sobre la quietud de la noche sin luna, sin el escarmiento del frío del cepo iban naciendo los demonios: vestidos de olores y sudores del día. La minúscula luz no hacía posible mirarle el rostro, solamente el temor del amo, desde la casa grande, rompía el silencio de la noche. Los demonios negros, los diabólicos dioses, vestidos de sedas y sombreros compartían con los hombres las soledades y apagaban sus tristezas con las palabras que atravesaron el Atlántico: hechas sonidos por momento, por la garganta del tambor.

Así imaginamos que ellos nacieron en estas tierras de cana de azúcar, cacao y añil, burlando la mirada del sacerdote blanco, de acento susurroso que acomodaba cuidadosamente el cordón de su sotana. Y en el alma limpia de cada negro, "en nombre del padre, del hijo y el espíritu santo", se retorció el verbo de sus dioses negros, como la misma textura de la tierra en un trazo de amanecer.

La historia, no necesitamos repetiría, cepo y cruz, cepo y amén, cepo y hambre. Le quitaron su vestido -no lo necesitaba-: que se arrojara con el sudor. Le quitaron su palabra -como no pensaba-: necesitaba solo escuchar. Intentaron aun desprenderle el aliento -jamás imaginaron que el silencio lo retenía-: a nadie se le quita la vida.

La vida de esos hombres y sus dioses, se escurrió en los pasillos de las iglesias de sus amo; la cofradía, otro lugar para sobrevivir. Sus dioses tenían el aliento, su palabra. Poseían un contenido, pero sus formas estaban prohibidas. Le arrebataron al amo la silueta de sus creencias, el centro de sus altares, las imágenes católicas, imágenes únicamente.

Los dioses antiguos, aquellos, los del otro lado del mar, con el rostro blanco, de un blanco yeso, ocultando la respiración ancestral, en sus eróticas danzas: saltandito, saltandito; bailandito con San Benito; San Juan, San Pedro, San Miguel, Cruz de Mayo y Diablos Danzantes en el epicentro de una espiritualidad: la afro venezolana.

Los herederos de esa espiritualidad, jamás rodeados de opulencia, todo lo contrario. Otrora, tiempo de cimarronajes, sellados en la memoria, hoy desguarnecidos, marginados y desconocidos por otro amo, que encargaron a sus sabios para llamarlos, para ordenarlos con

conceptos vacíos, petrificándolos, folklorizándolos. Inventando grietas entre su música, su vida, su historia: mandinga, brujo, sensual, ardiente, bailón, negro hediondo sin alma. Detrás el miedo de siempre, el de verdad y el que imaginaron. Aquel forastero estudioso debatiéndose entre la curiosidad y el temor, haciendo "ciencia", nunca tuvo la visión de sus límites. Tuvo más bien fuerte desprecio hacia esa cultura negra, rica y abundante. Solo quedaron sus apasionantes escritos, desenfundados, concluyendo; el negro baila y toma, el negro toma y baila.

Desde siempre sin historia, borrados por esa historia escrita, los ancianos como depositarios del mundo, del cosmo, son destinados de contar no solo la verdadera historia, cuentan toda la vida. Los herederos del santo, conocen sus caprichos, sus inconformidades, su vestido preferido; manejan la palabra que transmite vitalidad, diálogo hombre-Dios, la promesa,

"écheme la bendición ay malembe yo no se que quiero seguir cantando ay malembe yo no se santo de mi devoción ay malembe yo no se que por ti estoy celebrando"

De esta manera, San Juan Congo, refresca al devoto, ruborizando a quien no lo conoce, al mostrarle su hermoso falo. Los ancianos, sabios, ocupan el lugar en un tiempo, el de su propio pensamiento, el entregado por la comunidad. Nunca el olvido será dueño del día, mientras 61, aun después de muerto, perdure.

Quien quiera entender, más allá del alcance de sus ojos, el profundo sentido de la religiosidad afrovenezolana, necesita escuchar la palabra del sabio, el pueblo, el santo: la palabra del anciano. Primer rumbo, brecha abierta por muchos, reflejada en trabajos de investigadores distintos (por su compromiso con la comunidad); me refiero a Juan de Dios Martínez, Pedro Linares y Chucho García, ubicados en Bobures, El Tocuyo y Barlovento, respectivamente.

La oralidad, la palabra viva como sustento de una compleja organización; una ritualística ubicada en el ciclo temporal de cada comunidad, exigen de un hombre entregado a conocer los dioses afro venezolanos, como oficio, como opción de vida; a escuchar los consejos de quien en este momento reunidos con cimarrones, curanderos y curiosos, disfruta del sabor de rebelión. Invoco, no hay otra palabra, a quien se ganó en su propia vida el lugar que hoy ocupa, me refiero al maestro Miguel Acosta Saignes. La lectura del documento histórico con mirada antropológica, la revisión crítica del archivo, la necesidad de escudriñar con otra visión que me dicta el compromiso, sin desdeñar la rigurosidad, sin olvidar mi figura de investigador. Reconstruir la historia, la historia escrita de la comunidad, y colocarla desnuda frente a la otra historia, la memoria. Y comenzar a tejer recuerdos, con fechas, con empadronamientos; enfrentar el dolor aunque la noche se haga largísima.

Cada quien construye su propia memoria. Nuestras comunidades afro venezolanas extendidas la mayoría sobre la orilla del atrapante Caribe, concibieron la suya. Los que estamos desde aquí, vamos encontrándonos en otros lugares donde se reconocieron con más facilidad, con su propio ritmo y tiempo. Retuvieron los nombres ancestrales de los dioses, colores y sabores, estructurando la resistencia en común contra el dolor y la soledad. Eso impulsó en un primer momento una búsqueda insaciable de africanismo, como imitando los encuentros y desencuentros de estudios de aquella vitalidad, que podían hacerlo porque se topaban cotidianamente con ellos. Fueron tropezos de iniciados. También, quienes al no encontrarse con ese objeto, rasgo o señal africana, desdeñaron la posibilidad de atrapar, digerir o conocer otra vitalidad. Difícil opción que se supera. No tenemos a un Chango, Yemaya, Dambala, Ogun. Pero ahí persiste una vida colectiva con la cruz de mayo, los diablos danzantes, San Juan, San Pedro,

la virgen del Carmen, San Benito, los heroicos ancestros negros en el culto de Maria Lionza y una Santería Cubana con nuestros trazos.

En esas persecuciones de una pureza religiosa africana, tema que clausuramos definitivamente, se reitera la no existencia de la posesión en las religiosidades nuestras. Siempre el ojo del extraño tratando de observar, para calmar sus ansiedades. La llamada posesión no es la única manifestación descrita de comunicación de los hombres y los dioses, tiene una huella imborrable, ciertamente, pero no es la principal. Quien ha estado en el día crucial de una festividad de nuestros dioses afro venezolanos, encuentra sobre el horizonte que le permite la multitud de creyentes, en cualquier calle del pueblo, el dialogo corporal del dios llevado por el cargador con sus devotos, sus giros; infinitas figuras que disuelven esa imagen quieta y aparentemente sin respiración, para sentir una divinidad que baila, que se mueve, se baña, responde y tutea: "Aje, Aje, Aje". El cargador dueño del espacio, el cargador encerrado en otros gestos que no son suyos, sino del santo montado sobre sus hombros, no hay definición entre el hombre y el santo, el cargador o la imagen; es una energía hecha cuerpo, divina, irreverente, transparente, apasionada, inagotable, que se burla, se recrea, enamora y complace negándose a que la castren. Con debilidades como los hombres, por eso reposa hasta el otro año.

Heredamos el carácter iniciático de los ancestros, moldeados y sin extremos, cada quien cumpliendo su papel, su palabra. Observarlas sin dar cuenta de su propio orden interno, representa desperdiciar la posibilidad de identificar lo particular y lo variado. Desde sencillas, pero estrictas, familias dueñas y cuidadoras de un santo, centro de organización de ceremoniales hasta las disciplinas, rigurosas y prohibitivas organizaciones como la sociedad de San Benito o Sociedades de Diablos. Expresión de esa multiplicidad en la organización, imágenes, ceremoniales, calendario que poseemos en nuestra religiosidad afro venezolana.

Manifestación de historias particulares, memorias estructuradas, de variables heterogéneas, como matrices que identifican lo uno y múltiple del camino de los dioses.

El rastro que dejamos al enrumbarnos por ese camino, definitivamente, nos muestra los cadáveres de afirmaciones y verdades, "negro es negro", nunca. La oralidad, su etnohistoria, su organización propia, evidencian la complejidad de cada opción vital. Las superficialidades de un aporte musical, medida aisladamente, reconociendo su rítmica, describiendo su melodía, aniquilando su función de vehiculo de comunicación y centro de contención del alma colectiva. La mayoría de esta música vinculada a un ceremonial estructurado, a descontextualizarla, queda como un lenguaje vacío, se disuelve su propiedad, se desaparece. El tambor, como lo manifiesto es observable, lo difícil de atrapar, intento por hacer, es la poética colectiva donde está el instrumento, eso que llama el creyente "lo llevo en la sangre". No solo en la sangre, en el alma, en el pensamiento, en el sueño. Invito a describir esos demonios.

La realidad opera con cambios, la religiosidad afro venezolana se adapta a esos cambios. Ya esa imagen del negro en el campo, casi se emborrona, el hambre ha empujado a la búsqueda de mejores condiciones de vida. La ciudad se convierte en el nuevo espacio donde los dioses se asientan, los hombres recogen sus trapos y al frente señalándoles la vía los santos. Nuevas particularidades, la ciudad, la modernidad, el campesino a obrero. Nos encontramos que en ciudades se cumple ese ciclo vital, a pesar de las amenazas del cemento. El barrio Marín en Caracas, 23 de Enero en Maracay, San Millán en Puerto Cabello. Nuevos aposentos de los dioses, o la imaginación colectiva resistiendo ante las frialdades del progreso.

Y en el mismo campo, los dioses encabezando nuevas rebeliones, enfrentando una clase parasitaria, que intenta apoderarse de su territorio, en nombre nuevamente del progreso, maldito progreso, esta vez construyendo espacios de recreación, centros turísticos, para descansar de la

neurosis del trabajo. Sobre el sacrificio de desheredar de su territorialidad, de sus servicios mal pagados y el esplendor de verlos tocar y bailar tambor. Detrás, las antiguas familias dueñas de haciendas y plantaciones, representados en el poder. La cultura de esos pueblos es el primer instrumento de resistencia, los otros, que las circunstancias nos los diga.

Cuando afirmamos repetidamente el sentido de vitalidad de nuestra religiosidad afro venezolana, no quisiéramos transmitir una imagen desfigurada, una actitud colectiva de permanente contemplación, oscurantismo, o el ocio personalizado en la comunidad, totalmente distanciado de esas imágenes. Hablamos de vitalidad, dueña de lo cotidiano, lo placentero y lo doloroso, el miedo y la alegría, la muerte y la propia vida. Canalizadas por un orden en el cosmos, un mundo crudo que despacha imaginarios diálogos que se tocan, se palpan porque existen los destinatarios; los dioses, que en ningún momento titubean para responder, sus trajes llenos de milagros son huellas de esas largas y trasnochadas conversaciones.

Proponerse un estudio de nuestra religiosidad afro venezolana es reencontrarnos, es tocar el orden de muchos suspiros, que se parecen, los desalientos momentáneos. Pararse al frente de muchos afectos, descubrir sentimientos. En fin, acariciar un pensamiento sembrado en nuestra cultura, que quisieron ocultamos, dispuesto a seguir resistiendo, centro de los herederos de las culturas africanas llegadas a estas tierras, barnizado en el cumbe, la hacienda, la cofradía. Hoy con mas respiración que nunca.

Para finalizar, las palabras por donde debí comenzar. Apreciados colegas, compañeros estudiantes, este escrito es consecuencia de diálogos con amigos, vivencias, investigaciones y a veces insomnios, que me han llevado a pensar, que los dioses también acarician.